

Especial belleza. Los últimos tratamientos antiedad



Jean
Nouvel

"Soy un
ilusionista de la
arquitectura"

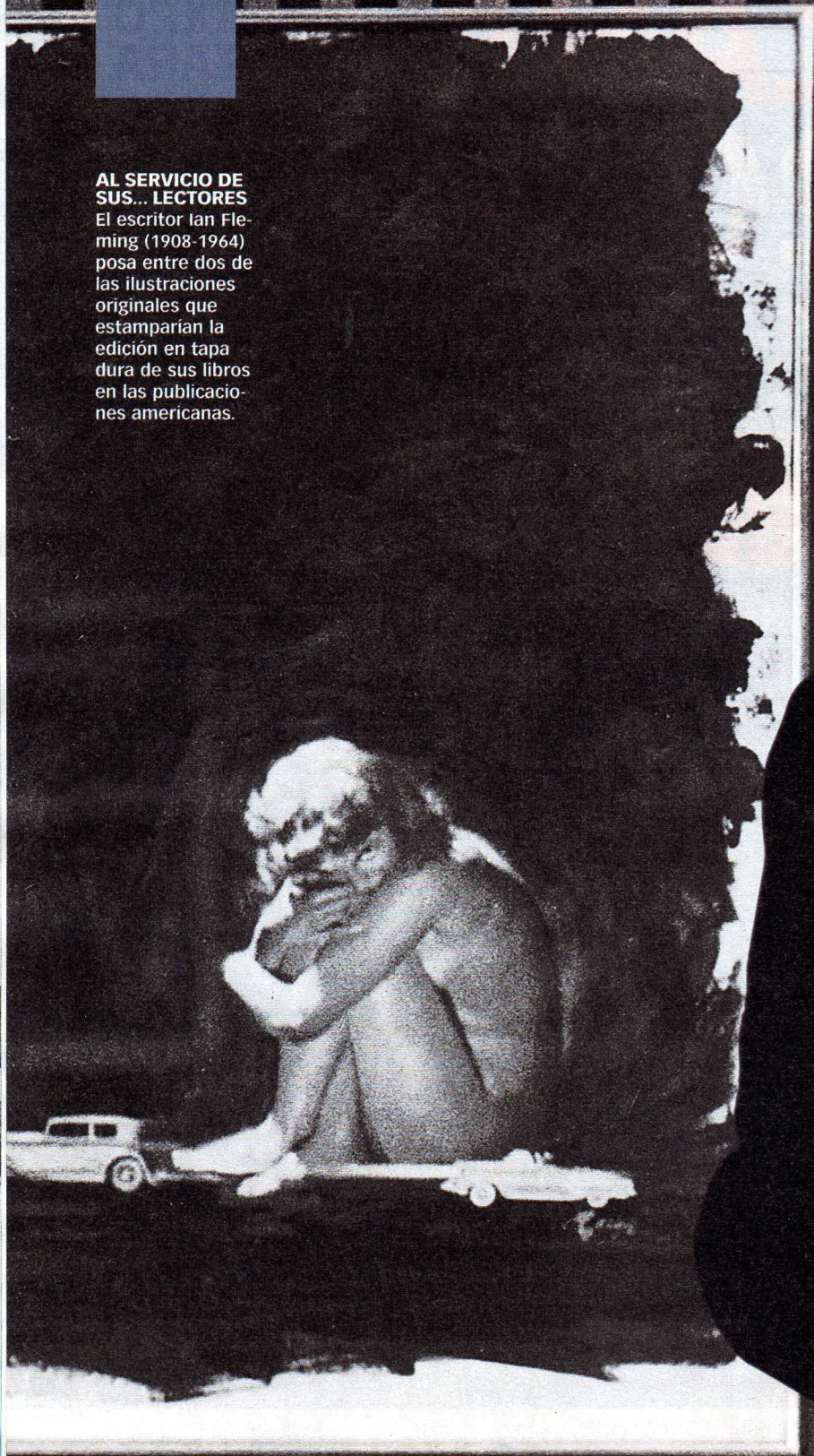
Mitos

Ian Fleming,
la cara oculta de
James Bond

Gibraltar

El paraíso de
los petroleros
basura

AL SERVICIO DE SUS... LECTORES
El escritor Ian Fleming (1908-1964) posa entre dos de las ilustraciones originales que estamparían la edición en tapa dura de sus libros en las publicaciones americanas.

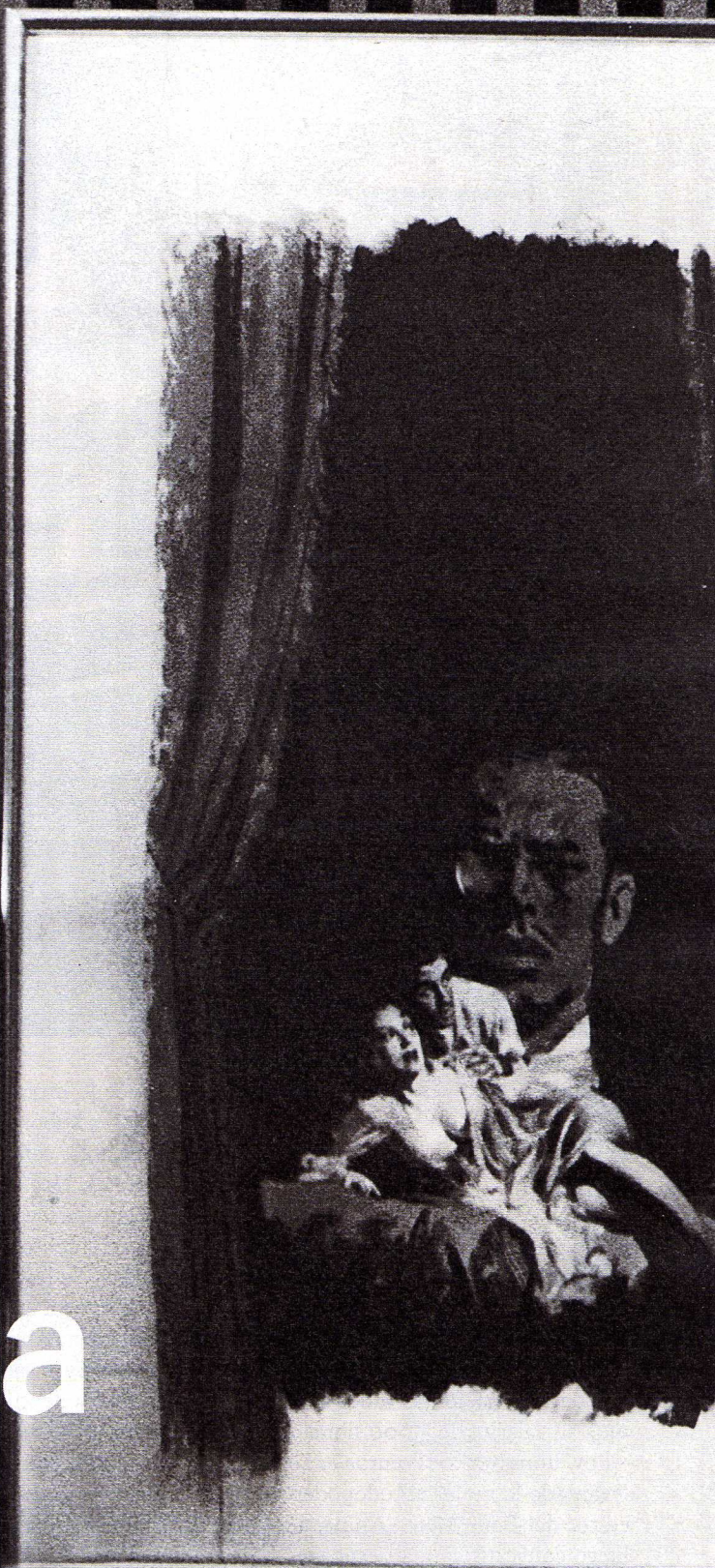


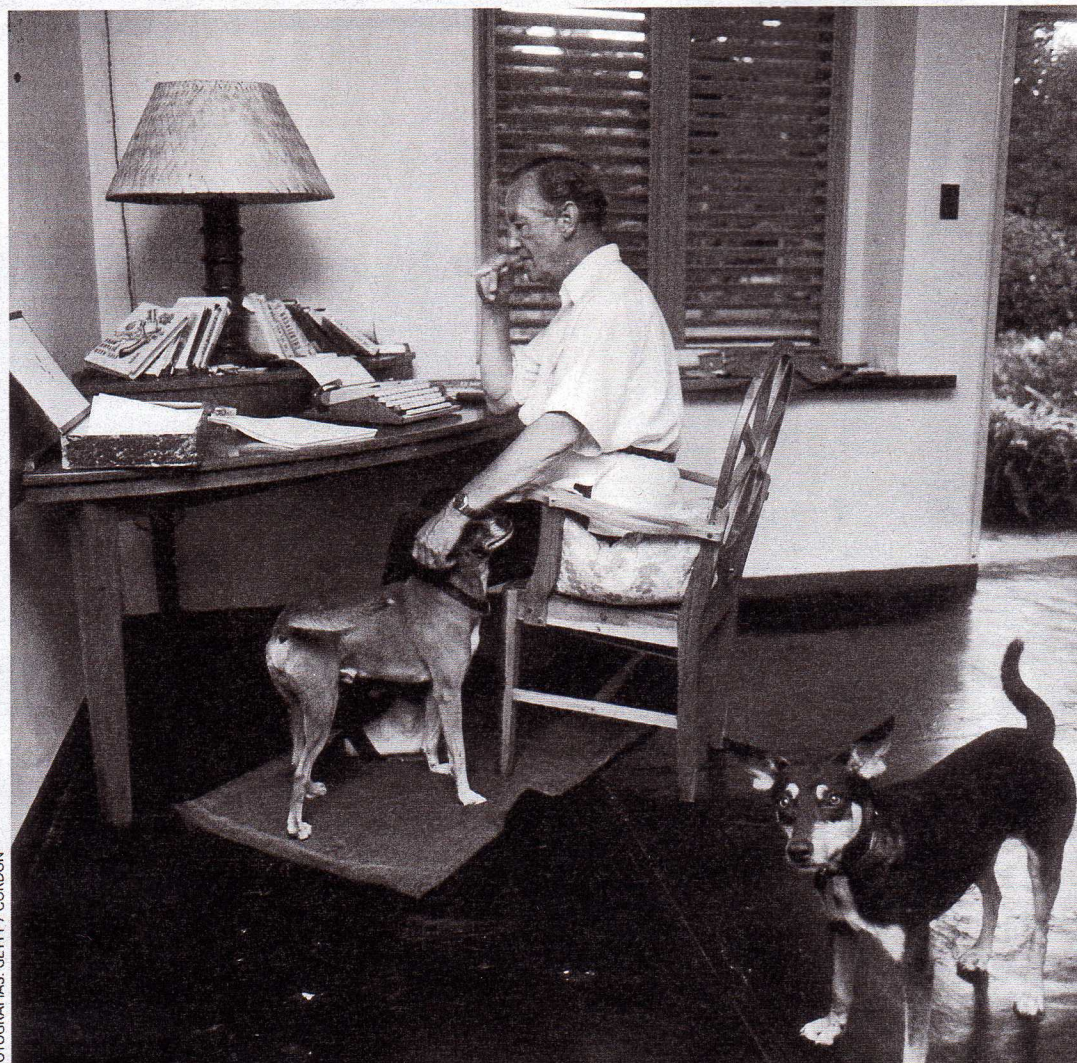
Ian Fleming

El hombre de la pluma de oro

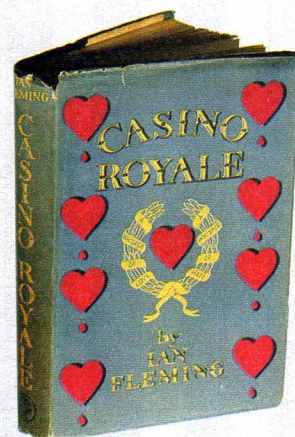
El creador de James Bond trabajó para el MI6, recorrió los principales escenarios de la segunda mitad del siglo XX y, como jefe de Internacional del 'Sunday Times', se convirtió en leyenda. Cuando se cumple el centenario de su nacimiento, un antiguo compañero del periódico recuerda al mito.

Por Godfrey Smith





FOTOGRAFÍAS: GETTY / CORDÓN



GOLDENEYE, SU RETIRO ESPIRITUAL

A la izquierda, Ian Fleming frente a su máquina de escribir en el estudio de GoldenEye, su finca jamaicana; allí pasaba dos meses de vacaciones todos los años y allí fue donde empezó a dar forma a su célebre agente del MI6, James Bond. Sobre estas líneas, la edición original en tapa dura de la mítica aventura *Casino Royale*.

Ian Fleming era una leyenda viviente en el *Sunday Times*, donde era jefe de Internacional. Todos envidiábamos su salario, de 5.000 libras al año —hoy, unos 300.000 euros—. Le había levantado la mujer al todopoderoso editor del *Daily Mail* —Annie, a quien luego convertiría en su esposa—. Los viernes a mediodía partía en su Ford Thunderbird para jugar al golf mientras el resto nos quedábamos pringando en la redacción hasta el domingo. Y, además, era el único empleado que tenía el privilegio de llamar por su nombre de pila (Gomer) al propietario del periódico, Lord Kemsley, y a su mujer, Edith.

Todos lo imitábamos: no recurríamos a frases subordinadas y sólo usábamos la palabra ‘señor’ en referencia a Dios o al Rey. Nos enseñó a vivir con estilo, a disfrutar de los *dry martinis*, a ser irreverentes y a tomárnoslo todo con humor. Se hacía querer.

Lo conocí en 1951, antes de que se casara con Annie y escribiera *Casino Royale*. Su nariz rota asomó un día por la puerta de mi despacho. Entonces, yo era el secretario de Lord Kemsley, a quien todos llamábamos K, y una de mis funciones era estar al cargo de la llave de su baño privado. Con una sonrisa de complicidad, Fleming me preguntó si podía dejársela.

Robert Harling, de diseño gráfico, que había estado con Ian en el Servicio de Inteligencia de la Marina, solía decir que K, en realidad, tenía seis hijos. Uno de ellos ‘emotivo’: el propio Ian.

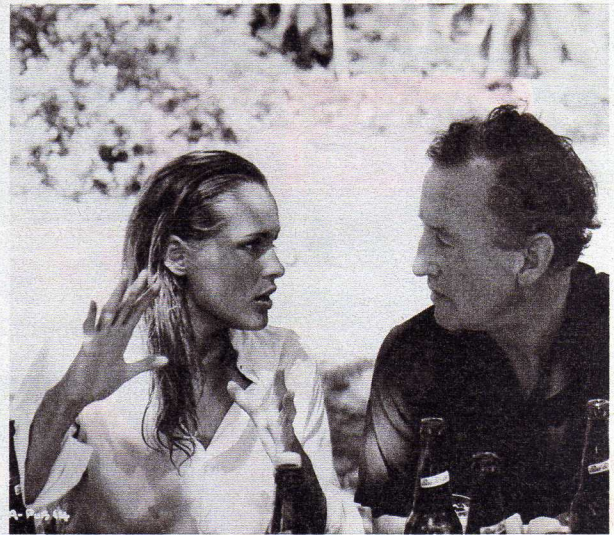
Durante la guerra, K lo había conocido en el hotel Dorchester y no tardó en

trabrar amistad con el joven comandante de la Navy, con quien —junto con Lady K— jugaba a las cartas todas las noches. Es comprensible que K y su mujer se quedaran prendados de Ian. Era nieto de Robert Fleming, fundador de la homónima entidad bancaria. Su padre, Valentine, había muerto en combate en 1917, y más de una vez el mismo Churchill se refirió a éste como un amigo «querido por todos». Ian había sido dos veces campeón de atletismo en Eton y, aunque luego fue expulsado de la academia militar después de que una camaretera de club nocturno lo contagiara de gonorrea, en 1935 había cubierto para Reuters el proceso-farsa moscovita de los ingenieros de Metrovick, antes de convertirse en secretario personal del almirante Godfrey, jefe de la inteligencia de la Marina.

Los amigos de Ian se burlaban del enchufado, del marino de ‘pega’. Sin embargo, es cierto que Fleming reco- ▶



FOTOGRAFÍAS: GETTY / COVER



UNA VIDA RODEADO DE BELLEZAS

Sobre estas líneas, Ian Fleming charla desenfadadamente con la actriz suiza Ursula Andress sobre una de las escenas de acción que protagonizaría junto con Sean Connery,

durante el rodaje de la película *Doctor No*, en 1962. A la izquierda, el creador de James Bond sonríe a la cámara, junto con su mujer, Annie, a la salida de unos juzgados.

rió el mundo al servicio secreto de su majestad. Acompañó a Churchill a dos entrevistas de guerra con Roosevelt; jugó un papel clave en la fundación de lo que sería la CIA; y, ya por entonces, diseñó algunos proyectos 'a lo Bond', como idear que un bombardero enemigo capturado se estrellara en el mar del Norte. En el aparato, según su plan, irían varios agentes vestidos como oficiales de la Luftwaffe. El propósito era el de atraer a un equipo alemán de rescate, cuya embarcación, sin duda, dispondría de cierto código en clave que los aliados no habían logrado descifrar. Tras liquidar a la tripulación, los agentes británicos se harían con el ansiado código. Ian incluso se ofreció para ir en el bombardero, pero Godfrey lo tenía por un elemento demasiado valioso

Los moralistas británicos atacaron sus novelas por su recurso al sexo, el sadismo de sus escenas y sus toques esnob. A Ian Fleming le daba igual, hacía lo que quería

para correr tales riesgos. Al final, el plan no llegó a ponerse en práctica.

En 1945 fue nombrado jefe de Internacional de los periódicos Kemsley y aprovechó para organizar la agencia Mercury. Tras su escritorio, un mapamundi con lucecillas señalaba la ubicación de sus 88 corresponsales, hombres y mujeres, que, como subrayaba orgulloso, no superaban los 38 años y hablaban un promedio de 3,1 idiomas exactos. Ian era un hombre con ideas originales, aunque siempre se sintió un fracasado. En Eton vivió a la sombra de su hermano mayor, Peter, un alumno distinguido que editaba la revista de la escuela; más tarde, mientras Peter sacaba matrícula de honor en Oxford, él fracasaba en su intento de ingresar en el Foreign Office. Trató de buscarse la vida en las finanzas... y llegó a ser conocido como el peor agente bursátil de la historia. Y aunque en la guerra se actuó de forma honorable, el apodo de 'marino de pega' lo acompañaba a todas partes. Más tarde, Peter se hizo famoso como autor de unos libros de viaje que se vendían como rosquillas. A Ian, sin embargo, sólo lo conocían en su club.

Tampoco tuvieron mucho éxito, al principio, las novelas de Bond que empezó a escribir en los dos meses

de vacaciones que cada año pasaba en GoldenEye, su finca y retiro espiritual en Jamaica. Annie llegó a decir que, mientras ella pintaba, Ian escribía «esas noveluchas pornográficas suyas».

Sin embargo, el encargo de escribir la única columna de opinión del *Sunday Time* supondría una nueva oportunidad. *Atticus*, que así se llamaba la columna, había estado en manos de buenos periodistas, pero se encontraba en franca decadencia. Su función básica era la de darle ceba a la aristocracia británica y olía a naftalina. Ian dejó claro que no iba a tolerar intromisión en sus escritos —ni siquiera al mismísimo K— y consiguió que *Atticus* comenzase a ganar lectores. Invitado a un congreso mundial de grandes chefs en Londres, les preguntó por la receta para hacer unos huevos fritos perfectos, lo que provocó una apasionada discusión entre ellos que Ian supo exprimir al máximo en su artículo del domingo. Además, tenía la suerte de contar con jóvenes y valiosos colaboradores, como Susan Cooper, que hoy vive en EE.UU. y es conocida por una serie de novelas fantásticas para adultos. «Han pasado 50 años, pero nunca lo olvidaré. Era una persona muy atenta, amable y paciente; trabajar con él era maravilloso. A mí me ▶

